

HOMENAJE A PABLO NERUDA

PREMIO ESPECIAL "ATENEA"

El Consejo Universitario acordó en 1965 conceder un Premio Especial *Atenea* al poeta Pablo Neruda por toda su obra literaria.

Con ocasión de la entrega de ese premio, se realizó un acto académico en el auditorio de la Escuela de Educación el 17 de agosto del presente año. En dicho acto hicieron uso de la palabra el Rector Ignacio González y el poeta Pablo Neruda.

DISCURSO DEL SEÑOR RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION, DOCTOR IGNACIO GONZALEZ GINOUEVES

Porque así lo quiere la costumbre, pero perfectamente consciente de mis limitaciones para una tarea que sale de los lindes de mi quehacer cotidiano, tomo la palabra para saludar y entregar el premio especial ATENEA a Pablo Neruda.

A la Comisión encargada de elegir las obras premiadas se le presentó en 1964 un serio dilema, porque nuestro poeta había publicado en aquel año *Memorial de Isla Negra* que, aunque no es lo más representativo de su poesía, se ofrecía bajo el embrujo de su nombre. De esta circunstancia nació la proposición de que se le otorgara como acuerdo excepcional un Premio por toda su obra literaria.

La especial circunstancia del premiado y del premio hizo que también se hiciera con él una nueva excepción, esto es, que se decidiera esperar su regreso al país para entregárselo en ceremonia singular.

Premiamos así a un poeta de extraordinaria valía, que honra nuestra tierra y le ha dado prestigio, y a una obra literaria original

en muchísimos aspectos, variada y de altísima calidad, que dura casi medio siglo.

*

No es este el momento de hacer una biografía, una antología o un comentario crítico de la obra de Neruda. Tampoco está el que habla calificado para intentarlo. Pero justo es que trate de presentar aunque sea para guardar las fórmulas académicas —en breves trazos— a quien hoy honramos.

Dice el poeta en un momento de sincero desenfado:

*Vida
me diste
todo.
Apartaste de mí la soledad
el muro.*

*Me diste
amor a manos llenas,
batallas,
alegrías.
Todo.*

y es verdad, porque el destino ha sido generoso con Pablo Neruda al darle genio y sensibilidad, al dotarlo de una capacidad poética excepcional y al ofrecerle oportunidades que han enriquecido su visión del mundo y comunicado un sentido cósmico y universal a su poesía.

Debió ser un buen estudiante en el Liceo de Temuco, porque a los 17 años, en 1921, llegó a Santiago a estudiar pedagogía en francés. Pero había comenzado a escribir —según él mismo cuenta— a los 14 y sus versos lo habían precedido en la capital. *Claridad*, el periódico de la Federación de Estudiantes, había publicado, en una sección destinada a dar a conocer valores jóvenes, algunas de sus poesías.

Nada tiene, en consecuencia, de extraño que a su llegada a Santiago se identificara con el grupo de avanzada estudiantil —un poco artistas, un poco bohemios, idealistas y románticamente revolucionarios— y que su pluma se sumara a las que redactaban aquel periódico que los demás leíamos con avidez.

Porque, señores, pertenezco a la misma generación que Neruda. Provinciano como él, llegué a Santiago en 1922, cuando aún no se extinguía el fervor del año 20; cuando estaba todavía tibio el recuerdo de la Federación de Estudiantes de Chile; cuando aquellos que fueron perseguidos y escarnecidos porque luchaban por una sociedad más justa y mejor, restañaban recién sus heridas; cuando todavía se airaban nuestros corazones ante la calumnia, y la represión de que los hicieron víctimas quienes no comprendieron el sentido de esa rebeldía.

Todavía salía *Claridad*. Allí leí los primeros versos de Neruda. Allí también, los *Carteles de Hoy*, pequeñas notas cáusticas y combativas en cuya redacción se destacó junto a la prosa dolorida y sentimental de Neruda, la incisiva, dura y directa de Juan Gandulfo. ¿Cómo olvidar a Juan Gandulfo? Neruda le dedicó la primera edición de *Crepusculario*.

Las buenas gentes pacatas de entonces usaban su nombre para asustar a los niñitos desobedientes. Andando el tiempo habría de ser mi íntimo amigo y uno de mis mentores en mis primeros pasos como cirujano. Pude apreciar, así, de muy cerca, su rigor, su franqueza ruda, su increíble valentía, su lógica implacable, y al mismo tiempo, su generosidad y su gran sentido humano. El recuerdo de Gandulfo es, todavía, para mí, fuente de inspiración y ejemplo.

¿Y cómo olvidar a tantos otros, nuestros mayores de entonces, a quienes los recién llegados admirábamos pasmados e incrédulos? Santiago Labarca, Alfredo Demaría, Pedro Gandulfo, González Vera, Daniel Schweitzer, Pedro León Loyola, Roberto Meza Fuentes, y tantos más que la juventud de hoy no conoce a pesar de lo tanto que les debe...

*

Pero, volvamos al poeta: Nos dice en el *Canto General*:

*Luego llegué a la capital, vagamente impregnado
de niebla y lluvia. ¿Qué calles eran esas?
Los trajes de 1921 pululaban
en un olor atroz de gas, café y ladrillos.
Entre los estudiantes pasé sin comprender,
reconcentrando en mí las paredes, buscando
cada tarde en mi pobre poesía las ramas,
las gotas y la luna que se habían perdido.*

La poesía apartó a Neruda de las Aulas adocenadas al cabo de pocos años y lo absorbió en su ambiente de tertulias, cafés, y bohemia. Era entonces, cuentan, un mozo delgado, pálido, de nariz pronunciada, un poco distante y melancólico, que llevaba, infaltable, el atuendo de los románticos de entonces: capa y sombrero de anchas alas...

Pero el poeta necesitaba otros horizontes; quería conocer, mirarlo todo, vivir el palpitar del mundo. Y salió. Fue designado, en 1927 —24 años de edad— Cónsul en Rangún. De allí pasó a Barcelona, luego a Madrid, en seguida París y finalmente en 1940, a México. Total, 15 años que le permitieron conocer el mundo y comprender al hombre, aprehender la vida y sentir el cosmos.

Su trayectoria después de su regreso es bien sabida. La fama, la gloria, el reconocimiento, los premios, los homenajes; nuevos viajes y nuevas experiencias. Pero no el descanso, porque la poesía sigue fluyendo de su pluma con la misma generosidad, con la misma lozanía de hace 40 años. Sólo que hoy el tono es distinto, la maestría es mayor y el sentimentalismo está atemperado por la vida vivida y por otros escapes más inmediatos y vitales.



Desprovisto de las herramientas necesarias para adentrarme en un análisis de la creación nerudiana, de la versación, de la experiencia y del espíritu crítico para desentrañar su sentido, para apreciar su valor como fenómeno de las letras universales, o para analizar la maestría de sus versos; he de tomar el camino de formular mi comentario como un profano que soy de estos quehaceres, como un hombre que lo ha leído con admirativa emoción, que ha gozado la belleza y el mensaje humano y vital de lo que ha escrito, como un simple lector transeúnte, que lo leyó con pasión en sus 20 años, que suele volverlo a tomar para revivir aquellas emociones ya lejanas, y que lee hoy su producción madura —serena su alma por el paso de los años y la experiencia vivida— y experimenta nuevas emociones con el tono renovado, con el limpio decir, con el nuevo significado.

Neruda, el joven universitario, saltó a la publicidad con *Crepusculario*, leído con interés y elogiado unánimemente por la crítica de entonces y cuyo valor permanece inalterable.

Mirado este suceso en la perspectiva de los años transcurridos, el impacto de *Crepusculario* sólo puede compararse con el que

produjo *Azul*, de Rubén Darío cuando se publicó, en Valparaíso, 40 años antes. Para nuestra generación, *Grepusculario*, primero y luego *Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada* eran como breviarios líricos que leíamos devotamente.

No creo que haya habido un adolescente —o un hombre— de entonces que no haya recitado con voz soberbia aquella estrofa de *Farewell*:

*Amo el amor de los marineros
que besan y se van.
dejan una promesa.
No vuelven nunca más.*

o en un momento recogido y sentimental:

*Me gustas cuando callas porque estás como ausente
y me oyes desde lejos y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca...*

o en un instante de romántica desesperanza:

Puedo escribir los versos más tristes esta noche...

o aún en un momento de jolgorio juvenil, los versos de *La Canción de la Fiesta*:

*Hoy que la tierra madura se cimbra
en un temblor polvoroso y violento
van nuestras jóvenes almas henchidas
como las velas de un barco en el viento.
Tiemble y estalle la fiesta. La risa
crispe las bocas de rosa y de seda
y nuestra voz dulcifique la vida
como el olor de una astral rosaleda.*

Al erotismo que tan bien se acomodaba a nuestras pasiones veinteañeras, se agregaban los versos dionisiacos de *Ivresse*; no faltaba quien justificara algún exceso báquico, balbuceando:

Bebamos, nunca dejemos de beber...

o

*Amo sobre una mesa
cuando se habla,
la luz de una botella
de inteligente vino.*

Indudablemente, en *Crepusculario* está en germen el poeta que lograría su plenitud creadora en sus obras posteriores. "Mi primer libro —*Crepusculario*— ha dicho el propio Neruda, se asemeja mucho a mis libros de mayor madurez. Es una parte, un diario, de cuanto acontece dentro y fuera de mí mismo, de cuanto llegaba a mi sensibilidad. Pero nunca *Crepusculario* tomándolo como nacimiento de mi poesía, al igual que otros libros invisibles o poemas que no se publicaron, contuvo un propósito poético deliberado, un mensaje sustantivo original. Este mensaje vino después, como un propósito que persiste bien o mal dentro de mi poesía".

*

No podría hacer una enumeración, ni tendría objeto tentarlo, de la copiosa bibliografía de Neruda.

Son, no obstante, obras señeras, además de las iniciales ya citadas: *Residencia en la tierra* (1933-37); *España en el Corazón* (1937); *Canto General* (1950); *Odas Elementales*, *Memorial de Isla Negra*. Tal vez debo agregar que sus versos son leídos en todos los idiomas del mundo.

La poesía de Pablo Neruda es vasta, abundante, honda, áspera y suave; rica, riquísima en motivos y matices, como la vida que la nutre. Su material es la vida misma; el poeta nunca ha dejado de sentirse inmerso en ella, sintiéndola y sufriéndola, bregando sobre su costra desigual y dura, narrándola y transfigurándola con ese soplo de "divina locura" que es su extraordinaria potencia creativa.

Vida y hombre, ser y cosmos, se funden y confunden en la poesía nerudiana en una misma expresión. Las reacciones del sentimiento que en su composición se advierten, exteriorizan la tonalidad propia de quien afina su yo íntimo con el mundo.

"La poesía de Pablo Neruda, ha dicho Raúl Silva Castro, se presta a interpretaciones demasiado encumbradas, de las cuales pudiera el poeta resultar un filósofo en cuarto creciente o un metafísico de aventurados vuelos. Todo es posible, pero sin ir tan lejos, bien puede intentarse de la poesía de Neruda un diagnóstico más cargado a las letras que a la filosofía y más humano que metafísico".

Entre todas las constantes de la poesía nerudiana, acaso sea la del amor la que con más persistencia discurre en sus páginas. Sin pretender emitir una opinión, anoto que el amor y la muerte se dan en ellas con carácter nostálgico, de añoranza, lejanía, resignación y hasta desgarramiento, cuando el poeta presiente que uno habrá de terminar y la otra habrá de venir como cosa ineludible y fatal.

Indudablemente Neruda es un sentimental, y un vaho de romanticismo exhala de lo hondo de su ser; romanticismo que se hace más denso en los momentos en que su personalidad se desata libre y espontánea, sin sujeción a ningún compromiso. Amado Alonso lo calificó de "archirromántico" por el predominio de la emoción sobre la intuición poética. "Pablo Neruda, dice, es un poeta romántico que pone toda su ambición en provocar y producir en sus versos la marcha impetuosa de su sentir".

Llegó Neruda a la poesía cuando la sonoridad del verso tradicional había periclitado; cuando a la rigidez de las normas métricas sucede el verso libre, ausente de toda estructura. Su extraordinario manejo del lenguaje le permite adherir a las corrientes de vanguardia; no, por cierto, por incapacidad para versificar en la forma tradicional, sino porque lo otro, lo nuevo, le permite mejor ser él, cultivar su propio estilo, personal, único, inconfundible.

Durante un período de su producción su arte adquiere modalidades oscuras y extrañas; así por ejemplo, en *Residencia en la Tierra*, donde tanto abundan las frondosidades inextricables como selvas del trópico, las imágenes y los símbolos, las distorsiones sintácticas, las expresiones difíciles, como si quisiera encerrarse con el fin de que sólo se aventuren por esos lugares unos pocos iniciados, o aquellos capaces de abrirse, esforzadamente, la senda que ha de conducirlos al claro, en la espesura.

Mas, el poeta, sale pronto del simbolismo difícil y escribe su *Canto General*, donde encontramos *Las alturas de Macchu Picchu*, en que su vuelo lírico alcanza inmensidad cósmica para recoger el eco de edades pretéritas eternizadas en los restos de la Ciudad de Piedra, en cuyas ruinas yace destruida la cultura aborígen.

Luego vienen esas ágiles, claras e insólitas *Odas Elementales*. ¿Quién no las ha gozado en su diáfana y magistral sencillez de lo inmediato, de lo cotidiano?

Neruda canta al amor, canta a lo telúrico y a lo cósmico; canta a la lucha y canta a la muerte; ensalza al hombre y le infunde valor y confianza.

No se extrañen Uds. si, como médico busco en su poesía la presencia de la enfermedad. No la encuentro. El poeta parece transcurrir sin reparar en ella. ¿Será que ama tanto la vida que no desea verla?

Oigamos lo que le dice al hígado:

Austera parte
o todo
Austera parte
de mí mismo,
abuelo del corazón,
molino
de energía:
te canto
y temo
como si fueras juez
metro fiel
implacable,
y si no puedo
entregarme amarrado a la pureza,
si el excesivo
manjar
o el vino hereditario de mi patria
pretendieran
perturbar mi salud
o el equilibrio de mi poesía,
de ti,
monarca oscuro,
distribuidor de mieles y venenos,
regulador de sales,
de ti espero justicia:
Amo la vida: ¡Cúmpleme! ¡Trabaja!
No detengas mi canto.

Sin embargo, entre las *Odas Elementales* hay una, intencionada, a la Farmacia, de la cual transcribo los versos finales:

Farmacia, iglesia
de los desesperados
con un pequeño

*Dios
en cada pildora:
a menudo eres
demasiado cara,
el precio de un remedio
cierra tus claras puertas
y los pobres
con la boca apretada
vuelven al cuarto oscuro del enfermo.*

*Que llegue un día gratis
de farmacia,
que no sigas vendiendo
la esperanza
que sean victorias de la vida,
de toda
vida
humana
contra
la poderosa
muerte,
tus victorias.
Y así serán mejores
tus laureles
serán más olorosos los sulfatos
más azul el azul de metileno
y más dulce la paz de la quinina.*

¡Qué variedad de registro!: lo grande y lo menudo, lo trascendental y lo nimio, el amor y la protesta, la soledad y la muchedumbre, la vida y la muerte, lo inmediato y la esperanza, lo tangible y vulgar y lo espiritual, lo cotidiano y lo trascendente, lo político y lo social. Y en ello, su chilenismo, el corazón de Chile palpitando con ritmo de humanidad.

Desde *Crepusculario* hasta *Memorial de Isla Negra*, como nuestro Chile con su geografía desigual: reseca y áspera, abrupta y severa, suave y verde, quieta y azul, seca y húmeda, torrentosa y diáfana, vasta y apacible, su poesía trasuma el jugo de esta tierra a la que él quiere y se rinde:

*Lo que fui yo allá lejos, lo que supe,
aquí lo traigo, aquí*

*lo dejaré a tus pies, lo entregaré a tu pelo
áspera y dulce amada, pequeña patria mía.
Nunca hice más que darte
darte lo que yo tuve y lo que no era mío,
gastarme para ti, como las herramientas,
que devuelven al fin su metal a la tierra.*

o bien:

*Yo soy de otra patria, la nieve
dejó una estrella en mi bandera
y allí el mar es un león sonoro
con hocico de sal furiosa.
En Chile viven mis parientes.
Y la lluvia cae sin tregua sobre
mis padres enterrados.*

*

Apasionante debe ser, para un experto, adentrarse en ese océano que es la obra poética de Neruda por su vastedad, por su variedad, por su profundidad y por su belleza serena, triste, sentimental o tormentosa. Los no iniciados debemos contentarnos con contemplar y admirar sus reflejos o el oleaje desde la playa...

Se ha señalado en la poesía de Neruda un notorio sentido social. El tema ha sido analizado por más de algún comentarista autorizado y sólo me es permitido aludirlo en esta ocasión para decir que, social o no, aun en aquellos poemas de franca intención política, la obra de Neruda, es esencialmente poética y de tal calidad que ha traspasado las fronteras y ha valido a su autor el reconocimiento como uno de los más grandes poetas contemporáneos, aun en ambientes en donde su ideología es repudiada o impopular; y para agregar que la Universidad de Concepción ha crecido bajo el lema de que el pensamiento y el espíritu han de desarrollarse libremente, sin trabas que los encadenen; que ni los prejuicios ni los dogmatismos ni la intolerancia encontrará cabida en este alero, y que jamás la han preocupado, para premiar o reconocer mérito o genio, la raza, las creencias, la filiación política o las actitudes que los hombres tengan en el mundo, en uso pleno de sus derechos.

Esta posición objetiva, abierta y tolerante de que ha dado innúmeras pruebas a lo largo de sus 37 años, es la que ayer movió al jurado a proponer, que se premiara a Pablo Neruda, valor chileno que se proyecta al mundo, con un galardón extraordinario.

Pequeño puede parecer nuestro homenaje para quien los ha recibido desde todos los rincones de la tierra; su calurosa reacción ante nuestra noticia nos revela que él lo recibe apreciando su significado, consagrado por una larga ejecutoria de seriedad y prestigio.

Pablo Neruda: es gratísimo para nuestra Universidad colocar su nombre en la lista de los beneficiarios de Premios ATENEA. Ud. lo recibe especial, no por alguna obra determinada sino por la destacadísima que ha realizado en casi 50 años de genial labor literaria.

DISCURSO DEL POETA PABLO NERUDA

NUNCA SUPE, señor Rector, agradecer con elocuencia. Lo más ancho del mundo, el conocimiento, el reconocimiento, la alegría que deja un regalo, como un suavísimo cometa, todo esto y más caben en la extensión de una sola palabra. Cuando se dice gracias, se dicen muchas cosas más que vienen de muy lejos y de muy cerca, de tan lejos como el origen del individuo humano, de tan cerca como el secreto latido del corazón.

Así, pues, con estas gracias quiero expresar y abarcar movimiento, circunstancias, caminos indefinibles, tal vez lo inevitable que me hace volver sin cesar en mi vida y en mi poesía hasta estas fronteras del Sur lluvioso, a estos grandes ríos natales, al generoso silencio de estas tierras y de estos hombres.

Si aprendí una poética, si estudié una retórica, mis textos fueron las soledades montañosas, el acre aroma de los rastrojos, la pululante vida de los cárbos dorados bajo los troncos derribados en la selva, la espesura en donde cuelga la cápsula de jade de los frutos del copihue, el golpe del hacha en los raulíes, las goteras que cayeron sobre mi pobre infancia, el amor lleno de luna, de lágrimas y jazmines de la adolescencia estrellada.

Pero la vida y los libros, los viajes y la guerra, la bondad y la crueldad, la amistad y la amenaza, hicieron cambiar cien veces el traje de mi poesía. Me tocó vivir en todas las distancias y en todos los climas, me tocó padecer y amar como un hombre cualquiera de nuestro tiempo, amar y defender causas profundas, padecer los dolores míos y la condición humillada de los pueblos.

Tal vez los deberes del poeta fueron siempre los mismos en la

historia. El honor de la poesía fue salir a la calle, fue tomar parte en ese combate y en aquél. No se asustó el poeta cuando le dijeron insurgente. La poesía es una insurrección. No se ofende el poeta porque le llaman subversivo. La vida sobrepasa las estructuras y hay nuevos códigos para el alma. De todas partes salta la semilla, todas las ideas son exóticas, esperamos cada día cambios inmensos, vivimos con entusiasmo la mutación del orden humano: la primavera es insurreccional.

Los poetas odiamos el odio y hacemos guerra a la guerra.

Hace sólo algunas semanas encabecé mi recital en el corazón de Nueva York con unos versos de Walt Whitman. Sólo aquella mañana había comprado, una vez más, un ejemplar de las *Hojas de Hierba*. Cuando lo abrí en mi cuarto del hotel, en la Quinta Avenida, lo primero que leí fueron estas líneas en las cuales nunca antes había puesto atención:

*Away with themes of war! Away with war itself!
Hence from my shuddering sight to never more return
that show blacken'd, mutilated corpses!
That hell unpent and raid of blood, fit for wild
tigers or for lop-tongued wolves, not reasoning men...*

¹Fuera los temas de la guerra
Fuera la guerra misma
De aquí veo mi vista que tiembla
No volvamos más a mirar estos negros cuerpos mutilados.
El infierno y el rey de sangre,
Hecho para tigres sangrientos,
O para lobos de larga lengua,
No está hecho para los hombres razonables".

Estos versos tuvieron una respuesta instantánea. El público que llenaba las salas se puso de pie en un aplauso encendido. Sin saberlo, con las palabras del bardo Walt Whitman, había tocado yo el corazón acongojado del pueblo norteamericano. La destrucción de las aldeas indefensas, el napalm quemando poblaciones vietnamitas, todo esto por la virtud de un poeta que vivió hace cien años, maldiciendo con su poesía la injusticia, fue palpable y visible para los que me escuchaban. Ojalá que así sean de perdurables mis versos, nuestros versos, la poesía que existe y la que esperamos.

¹El poeta tradujo inmediatamente de leído el texto en inglés.

No recuerdo cuál fue el título de los primeros versos míos que publicó esta noble Revista ATENEA. Pero sí recuerdo, a pesar de los años, la emoción de ver mis estrofas negras ocupando las páginas blancas de ATENEA. Recuerdo el grosor y el aroma del papel, y cómo me llevé aquel cuaderno bajo el brazo, para mostrarlo orgulloso a todos mis amigos. Me parecía que la fragancia de los bosques del Sur se desplegaba de aquellas hojas, era mi origen austral que me reconocía como hijo y me daba, como hoy, la palabra.

Señor Rector, aquel orgulloso adolescente me acompaña aún, y mi reconocimiento me trajo de nuevo a estas riberas, donde el gran río sereno lleva en su espejo que camina la imagen creadora de la historia y de la inteligencia.

Y para estos honores que la Universidad me otorga, el honor de nombrarme y el honor de recordarme, señor Rector, compañeros profesores y estudiantes, compañeros poetas, compañero Bío-Bío, una sola palabra, no por repetida menos extensa, menos verdadera. Una sola palabra gastada pero reluciente como una vieja moneda: ¡Gracias!